





743-038

Entre líneas

## Encuentros de invierno

MATEO SARRA

Hace unos meses recibí una inesperada llamada desde Chile. Entre las primeras palabras que escuché estaban dos: José Donoso. Puesta a reproducir lo que vino en ese momento a mi cabeza, debí reconocer que, de pronto, mientras agradecía el premio que me estaban anunciando, vi un paisaje de la ciudad de Washington. Lloviznaba y hacía frío: la nieve tenía ese pelado de marmal que volvió singular ese invierno de 1967, cuando se interrumpieron los subterráneos, se congelaron los autos y se cerraron los aeropuertos. No vi en ese parque, en el centro de la ciudad, a pocas cuadras del inagotable edificio del Fondo Monetario. Arriba de cumplir un cartucho de maris, me había quitado los guantes y comenzaba a pelarlos. Dos ardillas, con las colas todavía calas, se acercaron a saltos de lengua y obedeciendo a una intervención de humos y desconfianza, aceptó en correa así en mi mano. Se acomodó temblando y haciendo finta, y yo trataba de quedarme completamente inmóvil. Filas desconfinaban, pero yo también. El día anterior Donoso me había contado que a María Pilar, su mujer, que se ocupaba como yo de proveer a las ardillas, unos años atrás la habían asesinado. Me resistí a creerle. Estábamos en su oficina del Wilson Center. Pepe Donoso y yo, dejando pasar el rato y hablando de ardillas rebeldes. Cuando me llamaron de Chile, entonces, lo vi a Donoso, mejor dicho me vi viéndolo a Donoso y escuchándolo.

En invierno de 1987 lo escuché casi todos los días. Eramos los directos del Centro del Wilson Center, además del común amigo Richard Morse que nos había invitado a ambos. Ni Morse me permitía hablarle de sus libros ni Donoso estaba demasiado interesado en que yo le comentara sus novelas. Quería, en cambio, hablar de amigos comunes de Buenos Aires y, sobre todo, de literatura. En esa instancia que nos había buscado, el Wilson Center, Donoso encontraba que nosotros éramos dos personajes, un poco contemporáneos. Creía que a nadie le interrumpía allí demasiado la literatura. Recordaba con eso todo el tiempo y, con una sonrisa, decía: «Yo me acordaba

cellos entonces. Lo entendiendo mejor ahora: Donoso se había dado cuenta de que yo me sentía un poco fuera de lugar y él fingía compartir mis incomodidades exagerándolas. Era un gesto lleno de gracia, de humor y de amigosa ironía. Yo no lo entendía del todo porque lo tomaba demasiado al pie de la letra y pensaba: ¿cómo puede ocurrírsele a Donoso

que él puede estar leve-  
mente fuera de lugar  
en alguna parte? Un  
tanto lo acompañé a  
la Biblioteca del  
Congreso. Dono-  
so iba a hacer un  
inglés sobre la novela  
del siglo XIX. En una  
sala roja, casi la toda,  
y Donoso hablaba  
de Dickens. Yo es-  
taba, más que  
atenta, hipnoti-  
zada por la voz  
y el acento.

Cuando me  
llamaron de  
Chile para anun-  
ciarle este premio,  
recordé todo eso a  
la dispersa: mi  
amistad de esos meses  
en Washington, donde me  
entregó un ejemplar de la  
desesperanza, que había  
aparecido en octubre de 1986. Al-  
morzamos hablando de ese libro y  
cuando él ya se cansó de lo que yo  
decía, cambió de tema y hablamos de  
El jardín de al lado, uno de cuyos  
personajes era, de modo muy reco-  
nocible, una amiga mía. ¿Cómo la  
pasaba de ese modo en la novela? Él  
se reía, silenciosamente, y no debía su  
brazo a tener, no lo reconocía, no me  
respondía la pregunta que era, en re-  
alidad, un poco absurda y bastante  
inadecuada para una crítica literaria.  
Faltábamos en el comedor del Wilson  
Center, pero nadie se había sentido a  
nuestra mesa, confirmando la hipó-  
tesis de que éramos literati hablando  
de sus cosas. Sin dudas esas cosas que  
Donoso tocaba con el gesto a lo  
Henry James que tenía para las su-  
perficies, esa capacidad de lo con-  
creto en el detalle que era su  
marca de inteligencia: unas camisas,  
una sueta de Scriabin, las criadas  
melindas de su infancia, de las que  
contaba con una convicción que

Virginia Woolf, ebulliente y rubia,  
jugando al cricket con sus hermanos.

Después nos encontramos en Santi-  
ago, en un congreso millante sobre  
literatura de mujeres. También en in-  
vierno, con mucho frío, todos gaste-  
ríamos en un convento, en los años fi-  
nales del pirocheísmo. Donoso fue  
todos los días a esa conferencia,

como acto político del escritor  
que está donde tiene que estar,  
con quienes tiene que estar. En

un reportaje había dicho:

"Yo me activaba en política  
pero así mi suerte con la  
de la gente que estaba con-  
tra Pinochet". Ese congreso

de 1987 era, como lo escribió  
Eugenia Briza, "el evento lite-  
rario más importante  
producido en Chile  
bajo dictadura". Años  
después, nos vimos  
por última vez en Was-  
hington. Estaba algo  
viejo y probablemente  
cansado, pero recordó esos  
dos inviernos sucesivos y  
vimos muchas, en Chile y en  
Argentina las cosas habían  
tomado el rumbo que ambos  
describíamos.

Pasaron muchos años desde  
entonces y cambiaron muchas  
cosas en mi país. Hoy digo a  
Chile desde una nación des-  
baratada, donde es muy difícil

ser un intelectual. No porque las  
condiciones en las que vivo sean ex-  
tremas (porque no lo son) sino por-  
que las condiciones en las que vivon  
la mitad de los argentinos son extre-  
mas. Los hombres y mujeres de la ge-  
neración de Donoso, por lo menos  
muchos de ellos, repitieron un viejo  
oficio latinoamericano: escribir  
desde una tierra extranjera. A mu-  
chos intelectuales argentinos nos  
tocó hoy otro aprendizaje: escribir  
desde un país que casi no podemos  
reconocer, distinto y esencialmente le-  
jos de aquel que nos hasta no hace  
mucho. Queremos formar parte de un  
país y nos encontramos en otro. Esta,  
para mí, es una experiencia nueva.  
Cuando recibí desde Chile el llama-  
do que me anunciaba este premio, el  
invierno de Buenos Aires era más  
crudo y más inhóspito que cualquier  
otro invierno. Interpreté el premio  
como un gesto de amistad.



# Encuentros de invierno [artículo] Beatriz Sarlo.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Sarlo, Beatriz

## FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Encuentros de invierno [artículo] Beatriz Sarlo.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile